

Historias con perros y gatos

Horacio Clemente

ILUSTRACIONES
DE LEO ARIAS

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría
Autor de secciones especiales: Alejandro Palermo
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Diagramación: Ana G. Sánchez

Clemente, Horacio
Historias con perros y gatos / Horacio Clemente ; ilustrado por Leo Arias. - 2a ed. -
Boulogne : Estrada, 2017.
96 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos . Naranja)

ISBN 978-950-01-2011-1

1. Literatura. I. Arias, Leo, ilus. II. Título.
CDD A863



COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

45

© Editorial Estrada S. A., 2009.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2011-1

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Índice

El autor y la obra	5
Biografía	7
Historias con animales	8
Perros y gatos	9
Historias con perros y gatos	11
La luna que le ladraba al perro	13
Perro grande, gato chico	31
El gato que se conocía a sí mismo	39
El perro que era todo un hombre	55
El perrito que no quería equivocarse	67
El gato que se portaba mal	77
Actividades	85
Actividades para comprender la lectura	86
Actividades de producción de escritura	89
Actividades de relación con otras asignaturas ...	92



**El autor
y la obra**

BIO- GRAFÍA



HORACIO CLEMENTE nació en 1930. Alternó la redacción periodística con la fotografía. Publicó, entre otros, *La gallina de los huevos duros*, *El chanchito limpio*, *El perro que les tenía miedo a los gatos* y varios cuentos de “Las mil y una noches” en versión libre, entre los que se encuentran *El caballo volador* y *Aladino y la lámpara maravillosa*, reeditados en marzo de 2008 por Editorial Estrada.

Afirma que los animales le gustan y que los respeta. Sobre las historias que presenta en este libro, nos dijo lo siguiente: “Como redactor y fotógrafo, en una época realicé varias notas sobre diferentes razas de perros. Tomé declaraciones (a los perros) y muchas fotografías (a sus criadores). Fueron los perros, y no los criadores, los que me contaron las mejores crónicas de vida, algunas de las cuales incluyo en estas páginas. Con respecto a los gatos, sucede que una vez por semana, de noche, me reúno con ellos en un bar para gatos llamado *El hígado bien cocido*, que se inauguró hace muchos años en Palermo Viejo, cuando ese barrio era todavía joven. Los gatos, entre un vaso de leche y otro, entran en confianza, pierden sus inhibiciones y me cuentan sus historias... Yo me limito a tomar nota. Después las publico”.



Historias con animales

A las personas siempre les gustó inventar relatos en los que aparecen animales. Será porque los animales son muy importantes para nosotros: algunos nos sirven como compañía, y de otros obtenemos alimento o vestimenta; algunos nos ayudan con su fuerza, y a otros los evitamos porque pueden perjudicarnos.

Las fábulas, por ejemplo, son relatos en los que los animales representan virtudes y defectos: la hormiga es laboriosa, el león es violento, el zorro es astuto. En las fábulas, los animales actúan y hablan casi como si fueran seres humanos; de ese modo, la historia se propone transmitir una enseñanza para el que la lee.

También aparecen animales en los cuentos maravillosos: el lobo de "Caperucita Roja" y el "Gato con Botas" son algunos de los más conocidos. Y en el cine y en la televisión, son muy frecuentes las películas y las series protagonizadas por animales. ¿Conocen alguna?

Las historias de este libro no son fábulas ni cuentos maravillosos. Hablan, simplemente, sobre perros y gatos: unos animales que fueron domesticados por las personas hace muchísimo tiempo y, desde entonces, se han convertido en nuestros compañeros inseparables.



Perros y gatos

Algunos dicen que el perro es descendiente del lobo; otros afirman que desciende del chacal. Los tres son parientes, ya que pertenecen a la familia de los cánidos: tienen el hocico largo, un excelente olfato y muy buen oído.

Ocurre que el perro apareció en la Tierra hace miles de años y, desde entonces, fue cambiando. A veces por selección natural, a veces por la acción del hombre, a través de cruces entre distintas razas. Lo importante no es saber si nuestro perro desciende del lobo o del chacal. Más nos conmueven su inteligencia y el amor que sienten por nosotros.

Al igual que el perro, con el correr de los siglos, el gato también se domesticó. Los gatos pertenecen a la familia de los félidos, al igual que el tigre, el jaguar, el león y la pantera. Tienen uñas retráctiles, un olfato y un oído apreciables, y muy buena vista para andar de noche.

Su fama de astutos seguramente se debe a que aprenden con facilidad y saben aprovechar lo que aprenden. Son, por lo tanto, sumamente observadores. Y, si bien se muestran muy independientes, también les encanta que los mimen y que jueguen con ellos.

Historias con perros y gatos

Horacio Clemente

A los que se aman no les gusta vivir separados demasiado tiempo. Y si, de pronto, por esas cosas de la vida, los que se aman se separan de una manera que parece ser para siempre, entonces los sueños y las fantasías les sirven de consuelo. Sueños en los que se ven juntos otra vez, fantasías que les renuevan las esperanzas del reencuentro. A veces, tienen suerte: esas fantasías y esos sueños que podríamos considerar irrealizables se convierten, de pronto, en realidad.

La luna que le ladraba al perro

Los perros le ladran a la luna... Es lo que se dice, al menos. Hay dibujos, y hasta fotos, en los que se ve una luna grande y un perro (o varios), con la cabeza dirigida al cielo, ladrándole. Jamás vi un perro de carne y hueso ladrándole a la luna; sí los vi ladrándoles a otros perros, a las personas, a los gatos, a los autos, a las sombras y a las pantallas del televisor... pero a la luna, nunca. Tal vez porque vivo en la ciudad y aquí los perros viven como yo: encerrados en sus departamentos que, por estar algunos ubicados entre edificios altos y apiñados, apenas si dejan ver un pedacito de cielo o de luna, lo mismo que apenas se deja ver el sol por esos edificios. En los barrios suburbanos, los de casas bajas y con jardín, con cielo, sol y luna más a la vista, tampoco vi jamás un perro ladrándole a la luna. Es de suponer que en el campo sí... porque, en el campo, lo que más se ve, cuando uno mira para arriba, es el cielo infinito. Hay una raza de perro, justamente –el *ladrador pampeano*–, que, según afirman, pasa el día ladrando; ladra ininterrumpidamente y

a cualquier cosa, inclusive a la luna. Pero, a ese, tampoco lo vi ni lo conozco.

Lo que sí conozco es la historia de un perro que vivió siempre en la ciudad y que, por error, un día se quedó a vivir en el campo. Un perro mimado, típico de departamento, con dueños que lo tuvieron desde cachorro y que lo cuidaron y protegieron: un matrimonio joven con una hija de unos seis años, más o menos, muy alegre, muy buena, muy linda, muy cariñosa. Una nena que, como ya imaginarán, era la que más lo mimaba y acariciaba. Además fue la que le había puesto el nombre: Bolita.



Una vez, esos dueños fueron, en su auto, a pasear por un campo. Querían ver de cerca el cielo, los árboles, los arroyos, los pastizales; querían sentir el tibio y perfumado olor del campo, querían respirar su aire, incontaminado como es el aire del campo. Se detuvieron a la sombra de una arboleda y allí bajaron para hacer una caminata y saborear unos mates. Habían llevado al perro, que bajó del auto con ellos y que con ellos caminó y se puso a oler y a orinar en todos los árboles que encontró, revolcándose en la hierba, corriendo luego por ahí. Después de un par de horas, los dueños emprendieron el regreso. La hija, que había corrido todo el tiempo con su perrito, le pidió al papá que la levantara en brazos; en sus brazos se quedó dormida y siguió durmiendo en el auto mientras volvían a la ciudad. Cuando aquellos dueños estaban por llegar a su casa, con la hijita que ya se había despertado, se dieron cuenta de que habían olvidado al perro.

A pesar de lo lejos que quedaba, y aunque estaba anocheciendo, regresaron lo más rápido que pudieron a la arboleda por la que habían paseado, pero al perro no se lo vio. Lo buscaron con una linterna, lo llamaron, lo esperaron un largo rato.

—Se ha perdido —dijo la nena. Y lloró. Volvieron definitivamente a casa. Pensaron que a Bolita no lo verían más.